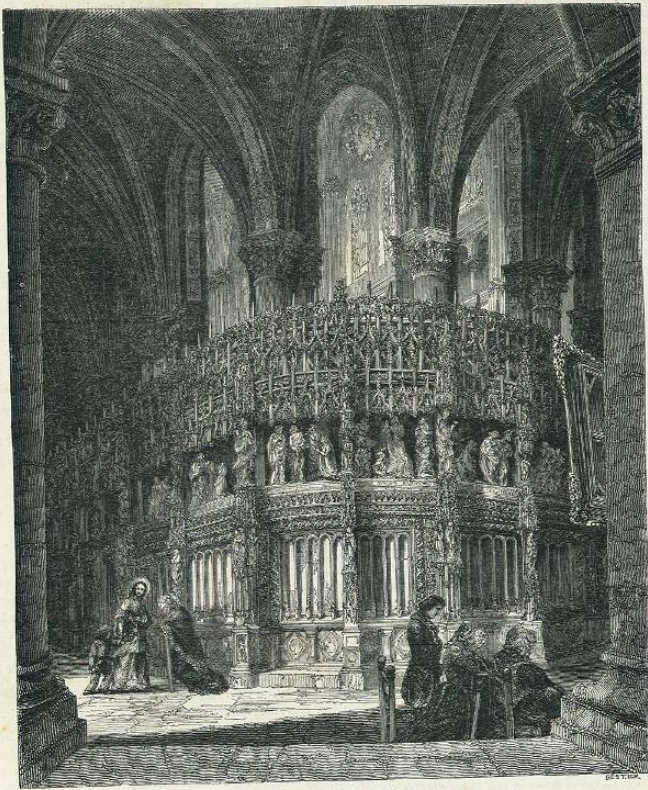


Gros, otro famoso escultor ha puesto en el primer nicho cuatro hermosas figuras que representan un milagro de Jesucristo. No quedan mas que once nichos que hacer con sus adornos para llenarlos con figuras que acabarán la representación de nuestros sagrados misterios... El capitulo está bas-

tante interesado en honrar á Dios adornando su iglesia, para que deje por concluir una obra que, acabada, será la maravilla de la cristiandad y servirá de instruccion tanto á los ignorantes como á los mejores predicadores @angélicos.»



Coro de la catedral de Chartres.—Dibujo de R. TUNNOV.

El Capitulo llenó los nobles deseos del historiador. El coro es una obra completa hace ya tiempo, y por fortuna apenas ha sufrido ninguna injuria del años y de los hombres. Los grupos de las figuras ascienden al número de cuarenta y uno representando los sagrados misterios de nuestra religión desde el nacimiento de la Virgen, hasta su coronación en el cielo.

Las pilastras que separan cada uno de estos grupos así

como los muros que les sirven de base y el mismo coro, se hallan adornados de arabescos, de nichos, de doretes góticos, de columnas, de estatuas y medallones. Encima hay una especie de enrejado calado, cuyo trabajo tan rico como fino y elegante ha sido comparado con las filigranas de la platería. La extraordinaria belleza de este coro bastaría para hacer célebre una catedral que toda ella es admirable bajo mil títulos.

NICOLAS POUSSIN.

(Véase la pág. 166.)



San Pablo arrebatado al cielo.

Hemos dicho que en el año de 1623 Nicolas Poussin se fué á Roma. La pension de mil escudos que le concedió Luis XIII le fué pagada exactamente durante la vida y despues de la muerte de ese príncipe. De este modo pudo estudiar con sosiego todas las obras maestras de la Italia. Pero, cómo podremos hablar aqui de las innumerables obras de un maestro que, despues de Rubens, fué uno de los mas fecundos que ha habido en el mundo?

Por dónde comenzar en efecto cuando uno se acuerda á la vez de tantas composiciones hijas de un genio siempre variado y sin embargo siempre el mismo? Dramas patéticos, escenas tranquilas y risueñas, furiosas bacanales en donde

los dioses titubean, y el amor se embriaga, viajes de los Faunos á través de las selvas, heróicos paisajes... un mundo entero se despierta en el ánimo con solo pronunciar el nombre de Poussin! Parece que se ven pasar todos los héroes de la antigua Grecia y de Roma; Diógenes errante, Rómulo levantando su toga, Coriolan enternecido; y despues vienen confundidos todos los personajes de la Fábula, de la Biblia, del Evangelio, de la Historia y de la Poesía! Adonis y Venus, Moisés pegando en la roca, Salomon en su trono, la mujer perdonada por Jesus, y la Joven de la Escritura esperando al borde de la fuente los presentes de su esposo.

Es imposible decir lo que era mas adecuado al genio de

Poussin, si los asuntos de mucho movimiento, ó aquellos que requieren la ponderación del ademán y una emoción contenida, en figuras casi inmóviles. Por su temperamento, el pintor de Andelys se inclinaba, á mi entender, al estilo de Julio Romano; pero por sus estudios pertenecía á la antigüedad; de modo que la meditación temperaba en él su energía natural.

El Museo del Louvre posee 39 cuadros de Poussin, y entre ellos figura el de *San Pablo arrebatado al cielo*, que ofrecemos con este artículo á nuestros lectores, tasado en 35,000 francos.

GUERRAS DEL IMPERIO.

RENDICION DE ULMA.—1805.

El 24 de setiembre de 1805 salió de París el emperador Bonaparte y empezaron las hostilidades el 2 de octubre; el 6 ya habían pasado los franceses el Danubio y circunvalado al ejército enemigo; el 8 Murat en la batalla de Wertingen en el Danubio hizo dos mil prisioneros austriacos, y el día siguiente, derrotados los austriacos, se replegaron en Gounzburgo delante de las valientes falanges francesas, las que prosiguiendo el curso de sus triunfos, entraron el 10 en Ausburgo y el 12 en Munich. Dos días después de la entrada de los franceses en esta plaza, es decir, el 14, un cuerpo austriaco de seis mil hombres se rendía en Memmingen al mariscal Soult, al mismo tiempo que Ney conquistaba su futuro ducado de Elchingen. Por fin el 17 de octubre se verificó la capitulación de Ulma, y el mismo día empezaron las hostilidades en Italia entre franceses y austriacos, mandados los unos por Massena y los otros por el príncipe Carlos.

La guarnición de Ulma ascendía á treinta mil hombres en la época de la rendición de esta plaza que se creyó inconquistable, cuyo mando tenía Mack.

El general de Segur, que estuvo posteriormente al mando de Nápoles, fué el encargado en las primeras negociaciones con Mack, relativas á la rendición de la plaza. No hay duda que será leída con interés la relación que se hizo para ser presentada al emperador.

«Ayer 24 vendimario (16 de octubre) el emperador me hizo llamar á su gabinete: me mandó pasar á Ulma y decidir á Mack á rendirse en el término de cinco días, y en el caso de exigir absolutamente seis concedérselos. No recibí otras instrucciones. Era oscura la noche; acababa de levantarse un huracán terrible; llovía extraordinariamente, y ya era preciso pasar por sendas de travesía y evitar los lodazales donde podíamos quedar sepultados.

«Hallé un trompeta de artillería transido de frío, y con él nos aproximamos á los muros de Ulma. A la primer llamada se presentó á nosotros Lafour, oficial que hablaba bien el francés. Me vendó los ojos, y me hizo subir por las fortificaciones. Llegamos por fin á la morada del general en jefe Mack, y pasados los primeros recíprocos cumplimientos le manifesté quien era, y que llegaba de parte del emperador á intimarle la rendición y á arreglar con él las bases de la capitulación. Estas espresiones le parecieron insufribles, y desde luego no pudo convenir en la necesidad de escucharlas.

«Insistí haciéndole la observación de que habiendo sido recibido, debía yo suponer lo mismo que el emperador, que había él apreciado su posición; pero me contestó que esta iba á cambiar enteramente: que el ejército ruso se acercaba

para socorrerle, que nos colocaría entre dos fuegos, y que tal vez fuésemos nosotros quienes tuviésemos necesidad de capitular. Los repliqué que en su posición, no era de extrañar que ignorase cuanto sucedía en Alemania, que en consecuencia debía yo notificarle como Bernadotte ocupaba á Ingolstadt y Munich y que tenía sus avanzadas en Inn, donde aun no se habían dejado ver los rusos.

«Aseguré además el mariscal que tenía viveres para diez días, pero no pude creerlo. Empezaba á despuntar el día: pero nosotros nada adelantábamos. Podía yo conceder seis días, pero el general Mack se mantenía tan obstinado en sus ocho que juzgué inútil la concesión de ese día mas, y por lo tanto no quise arriesgarla. Me levanté diciendo que mis instrucciones me mandaban estar de vuelta antes de amanecer, y en caso de negación transmitir de paso al mariscal Ney la orden de empezar el ataque. El anciano general no se amedrantó por esto, y persistió en sus ocho días, instándome para que llevase esta proposición al emperador.

«El 25, á eso de las nueve de la mañana, volví á encontrar al emperador en la abadía de Elchingen, donde le di cuenta de esta negociación, de lo que pareció quedar satisfecho.

«Volvíme á llamar, y como yo tardase, me envió al mariscal Berthier, que quería hiciese firmar al general Mack al instante. El emperador concedía al general austriaco ocho días, contando desde el día 23, primer día del bloqueo; lo que en efecto los reducía á los seis días que desde luego hubiera yo podido proponer, pero que no quisé. Con todo, en caso de rehusarlo, estaba autorizado para contar los ocho días desde el 25, y el emperador aun ganaba un día en la concesión. Se empeña en entrar pronto en Ulma para aumentar la gloria de su triunfo con la rapidez, para llegar á Viena antes que esta ciudad se despierte de su estupor, y el ejército ruso haya podido tomar sus medidas, y finalmente, porque empezaban á escasear nuestros viveres.

«Entré en Ulma á las doce del día, poco mas ó menos; mas esta vez hallé al general Mack á las puertas de la ciudad. Le di el *ultimatum* del emperador. — Le leyó.

«— Señor de Segur, me dijo, contaba con la generosidad del emperador y no me engañé.... Decid al emperador que solo me quedan que hacer algunas leves observaciones, y firmaré cuanto me habeis traído.... Pero añadid á S. M. que el general Ney me ha tratado con mucha dureza.... Quiero manifestaros el escrito que había yo firmado, puesto que me hallaba decidido.

«Diciendo estas palabras, desdobló un pliego de papel en el cual le estas palabras: «Ocho días ó la muerte. — *Firmado, MACK.*»

«El príncipe Lichtenstein, fué aquel mismo día al cuartel general del emperador, al cual escribía Mack que ningún otro hubiera tratado con tales condiciones; pero que cedía al ascendiente de su fortuna; y al día siguiente, Berthier fué enviado á Ulma, de donde volvió con la capitulación firmada.

«Así, Napoleón no se engañó sobre las Horcas caudinas del ejército austriaco. La guarnición de Ulma salió con los que se llaman honores de la guerra y fué conducida prisionera á Francia.

A. U.

ANDRÉS CHENIER.

Luis de Chenier, cónsul general de Francia en Constantinopla se había casado con una griega célebre por su belleza, hermana de la abuela de M. Thiers, el autor de la *Historia de la Revolución*; tuvo de ella cuatro hijos, los dos últimos llamados Andrés-Maria, nacido el 29 de octubre de 1762, y José Maria, un poco mas jóven que nos ha dejado el drama de *Fenelon* y las tragedias tituladas *Cárlos IX* y *Tiberio*.

Solo este era conocido en la república de las letras hasta 1819 época en que publicó las poesías de Andrés Maria, que, aunque por concluir, colocaron desde luego al autor en primera línea.

Habiendo venido á Francia cuando era niño, Andrés Chenier vivió primeramente en Carcasona, en casa de una hermana de su padre, pero bien luego fué colocado en París en el colegio de Navarra, en donde se distinguió por su talento y aplicación.

Entrado á veinte años en calidad de alférez en el regimiento de Angoumois acantonado en Strasburgo, se cansó al instante de los ocios de la guarnición y se volvió á París para continuar sus estudios. En París vivió en la intimidad de Lavoisier, de Pallisot, de David y de Lebrun; pero tanto su mala salud como su humor inquieto, hacían que no permaneciera mucho tiempo en una misma parte. Primeramente se fué á Suiza con los hermanos Trudaine que eran amigos suyos, y luego se marchó á Inglaterra con el conde de Lucerna que acababa de ser nombrado embajador. Por fin, hacia los años de 1790, volvió de nuevo á París donde se fijó definitivamente. Entonces fué cuando principió los serios ejercicios poéticos á cuyo beneficio quiso fortalecerse la imaginación. Estudió mucho á los griegos cuyo rico y limpio genio supo admirar y comprender perfectamente, y con su roce adquirió la forma á que sus poesías debieron su rápido éxito. Chenier les tomó á los griegos la armonía, el periodo sonoro, las imágenes gradosamente enriquecidas, en una palabra todo el perfume antiguo.

Al mismo tiempo que escribía las elegías hijas de la inspiración de sus sentimientos de cada día, principió el poema de la *Invencción*, otro titulado *Hermés*, igual al de *Lucrecia*, otro sobre la *América*, y por fin una larga pastoral bíblica cuyo argumento era *Susana*.

En todo esto trabajaba á la vez hasta que los acontecimientos políticos de 1789 vinieron á suspender su trabajo. Embebido, como todo el mundo, en el gran movimiento revolucionario se unió con sus amigos Pange y Roncher para sostener la lucha en el *Diario de París* contra los dos partidos extremos que se disputaban la Francia á la sazón. Su hermano José mas jóven y ardiente se separó de él en esta ocasión, reuniéndose con los hombres que habían fundado el club de los Amigos de la Constitución (que se volvió después la Sociedad de los Jacobinos). Esta escisión en la conducta de los dos hermanos fué de muy corta duración, pero había sido tan pública, que no pudo borrarse su recuerdo, y siempre se ha repetido desde entonces que Andrés era realista y José jacobino. La verdad es que ambos sostuvieron las ideas de la revolución el primero con prudencia y el segundo de un modo muy violento, y que en el momento del terror uno y otro estaban horrorizados de los excesos, sin haber renunciado á sus primitivas simpatías.

Cuando la causa de Luis XVI, Andrés Chenier suplicó á Malesherbes que le permitiera participar de los peligros de la defensa, y él fué quien escribió la carta por la cual el rey,

después de la sentencia de muerte, pedía á la Asamblea la sanción del pueblo.

Este acto comprometió á Chenier ya bastante odiado de un partido por sus versos á Carlota Corday. Habiéndole podido decidir á abandonar París, vivió sucesivamente en Ruan y en Versalles, sosteniendo con su hermano José una correspondencia sumamente espresiva. Este último le dedicó su tragedia de *Bruto* y *Casio* y Andrés le defendió contra las injurias de Burke; nunca la amistad de los dos hermanos había sido mas viva. José había elegido por sí mismo el asilo en donde Andrés se hallaba oculto en Versalles. Por desgracia, éste supo el arresto de M. de Pastoret en Passy, y habiendo acudido para consolar á su familia, se encontró con los comisarios encargados de hacer una visita domiciliaria que le prendieron como *suspecto* y le llevaron á la cárcel, sin orden ninguna para ello.

Otro de sus hermanos se hallaba preso ya en la Conserjería.

José, atacado y amenazado por todas partes, no podía hacer nada en favor de sus hermanos, y ademas estaba persuadido que la única probabilidad para que se salvaran, era la del olvido. De este modo se abstuvo de dar paso ninguno que hubiera podido despertar el recuerdo de sus hermanos á sus enemigos y suplicó á sus amigos que hicieran lo mismo, pero el padre multiplicaba las solicitudes hasta que al fin le oyeron. Andrés fué llamado ánte el tribunal revolucionario, y condenado y ejecutado el 7 de termidor del año II (25 de julio de 1794), es decir, la víspera de la revolución que contuvo las ejecuciones é hizo abrir las puertas de las cárceles.

Cuando iba en la carreta que le llevaba al suplicio se encontró con su amigo Roucher; y como este declaraba la muerte de un poeta tan brillante de genio y de esperanza, Chenier respondió pegándose en la frente:

— Nada he hecho para la posteridad, y sin embargo siento aquí alguna cosa!

«Era la *Musa*, dice el autor de *René* y de *Atala* que le revelaba su talento en el momento de la muerte. La Francia perdió á fines del último siglo tres hermosos talentos en su aurora. Mallifaire, Gilbert y Andrés Chenier. Los dos primeros perecieron de miseria y el segundo ha muerto en un caldoso!»

Andrés Chenier murió á treinta y un años.

Sus poesías no fueron publicadas como ya hemos dicho hasta 1819, es decir, veintisiete años después de su muerte. Se componen principalmente de fragmentos incompletos de elegías, idilios, poemas y odas, y aun las mismas composiciones que están acabadas, necesitaban evidentemente la última mano del poeta; pero tal como las poseemos, las poesías de Andrés Chenier sobrevivirán como esos bajos relieves del arte griego, que aunque mutilados por el tiempo conservan la huella de una belleza suprema, y ofrecen, al menos en fragmentos, los ejemplos de una perfección maravillosa.

La *Jóven Tarentina* es uno de los mas bonitos idilios del jóven poeta:

Pleurez doux alyons! ó vous, oisieux sacrés
Oisieux chers á Thèstis! doux alyons, pleurez!

Elle a vécu, Myrto, la Jeune Tarentine!
Un vaisseau la portait aux bords de Camarino,
Là, Pnyx, les chansons, les Rites lentement
Devièrent la reconduire au sein de son amant.
Une chef vigilante, à pour cette journée,
Sous le cèdre enfermé sa robe d'hyménée,
Et l'or dont au festin ses bras seroient parés,

Et pour ses blonds cheveux les parfums préparés.
Mais, seule sur la proue invoquant les étoiles,
Le vent impatient qui soufflait dans les voiles
L'enveloppe, étonné et loin des matelots.
Elle tombe, elle crie; elle est au sein des flots.
Elle est au sein des flots, la jeune Tarentine!
Son beau corps a roulé sous la vague marine
Thétys, les yeux en pleurs, dans le creux d'un rocher,
Aux monstres dévorants eut soin de le cacher.
Par son ordre bientôt les belles Néréides
Se lèvent au-dessus des demeures humides,
Le poussent au rivage, et dans ce monument
L'ont au cap du Zephyr, déposé mollement,
Et de loin à grands cris appelant leurs compagnes,
Toutes, frappant leur sein et traînant un long deuil,
Répétèrent, hélas! autour de son cercueil:
— Hélas! chez ton amant tu n'es point ramené,
Tu n'a pas revêtu la robe d'hyménée,
L'or autour de tes bras n'a point serré de nœuds,
Et le bandeau d'hymen n'orna point tes cheveux (1).



Andrés Chénier.—Dibujo de TONY JOHANNOR.

sulado! Hoche, Marceau y Desaix habrían sido magníficamente llorados en marciales elegías. La Gironda, ya bien inmortal, hubiese sido idealizada como en un grupo del

1 Llorad dulces alociones! y vosotros ó pájaros sagrados, pájaros queridos de Tetis! dulces alociones, llorad. Vivió, Mirto, la jóven tarentina; un barco la llevaba á las orillas de Camarina; y allí el himeneo, las canciones, y las flautas debían conducirla lentamente hasta los umbrales de su amante. Una llave cuidadosa guardaba para aquel día su traje de boda bajo un cofre, así como el oro con que debían adornarse sus brazos, y los perfumes preparados para su rubia cabellera. Pero sola sobre la proa, invocando las estrellas, se ve envuelta por el viento impetuoso que sopla en las velas; sorprendida y lejos de los marineros, grita, y cae en el seno de las olas.

Ya está entre las aguas la jóven tarentina; su hermoso cuerpo rue-

Este idilio da una idea de la gracia de Andrés Chénier; sería necesario citar fragmentos de sus elegías para dar á conocer su sensibilidad, y fragmentos de sus odas y de sus poemas para mostrar su esplendor y su energía. Ninguna cuerda le faltaba á esa lira que tan pronto se rompió.

Entre los muchos que han hablado del genio de Andrés Chénier, ninguno nos parece haberlo comprendido y explicado mejor que M. de Sainte-Beuve. « El libro de Andrés Chénier, dice este escritor, publicado en 1819 por M. de La Touche, ha ejercido en la literatura y en la poesía del siglo diez y nueve una influencia que jamás habría podido ejercer á fines del pasado, aun cuando hubiese sido conocido. Si hubiese sobrevivido al terror, eso era diferente; entonces la parte política que constituye su menor parte y que como un accidente de su obra actual se habría aumentado y desarrollado mucho; en vez de las nobles invectivas habríamos tenido himnos guerreros y alguna poesía romana del con-

poeta francés de la época. Pero la suerte de Andrés Chénier fue bien diferente; la cuchilla homicida interceptó la segunda mitad de su vida. Lo que había escrito en la primera, en el seno de un retiro estudianto, no se publicó sino treinta años después, pero Chénier por la influencia que ejerció en medio de la restauración, puede considerarse contempo-

raño de Lamartine, Victor Hugo y Beranger. Gracias á este anacronismo, que hubiese helado á tantos otros, las poesías de Andrés Chénier, nacidas como á parte de su siglo, no podían venir mas á propósito, y tuvieron bien luego admiradores escogidos que las elevaron á la primera categoría. »



La jóven tarentina.—Composicion y dibujo de TONY JOHANNOR.

EL LEPROSO DE LA CIUDAD DE AOSTO.

(Véase la p. 322.)

EL LEPROSO.

Ah! Los insomnios! los insomnios! No podéis figuraros lo larga y triste que es una noche para un desgraciado que la pasa toda sin cerrar los ojos, fijo el espíritu en una situación terrible y en un porvenir sin esperanza. No! Nadie puede comprenderlo. Mis inquietudes aumentan á medida que la noche se adelanta y cuando ya se está acabando mi agitación es tal, que no sé que hacer; mis pensamientos se enredan, y experimento un sentimiento extraordinario que nunca encuentro en mí sino en esos tristes momentos. A veces me parece que una fuerza irresistible me arrastra á un golfo sin fondo, y otras veo manchas negras delante de mis ojos, pero en tanto que las examino, se cruzan con la rapidez del relampago, crecen al acercarse á mí, y bien luego parecen montañas que me abruman con su estremado peso. Tambien suelo ver nubes que salen de la tierra en torno mio, como olas que se hinchan, que se amontonan y amenazan

sumerjirme en su seno, y cuando quiero levantarme para disipar esas ideas, me siento como preso por lazos invisibles que me arrebatan todas mis fuerzas. Creeréis acaso que estoy en sueños; pero no, porque me hallo bien despierto; y vuelvo á ver sin cesar los mismos objetos, lo que me produce una sensación de horror superior á todos mis demás males.

EL MILITAR.

Acaso os da calentura en esos crueles insomnios, y sin duda ella es la que os causa esa especie de delirio.

EL LEPROSO.

Ojalá fuese cierto lo que decís; que esos males fueran producto de la fiebre. Siempre he temido que esas visiones fuesen un principio de locura y os confieso que eso me inquietaba mucho: ojalá no sea otra cosa que una fiebre.

EL MILITAR.

Me interesa mucho lo que me estáis diciendo, y confieso que en mi vida se me habría ocurrido la idea de una situación parecida á la vuestra. Sin embargo se me figura que debí ser ménos triste cuando vivió vuestra hermana.

EL LEPROSO.

Solo Dios sabe lo que he perdido con la muerte de mi hermana. — Pero vos mismo no teméis nada hallándoos junto á mi? Sentáos en esa piedra; yo me pondré detrás y hablaremos sin vernos.

EL MILITAR.

Y porqué? No; no os separeis de mí; sentáos aquí á mi lado. (Al decir estas palabras, el viajero hizo un movimiento involuntario para apoderarse de la mano del leproso, pero éste la retiró con gran presteza.)

EL LEPROSO.

Imprudente! Ibaís á tomar mi mano!

EL MILITAR.

Os la hubiera estrechado de todo corazón.

EL LEPROSO.

Sería la primera vez que habría gozado de tal felicidad: nadie ha estrechado jamas mi mano.

EL MILITAR.

Con que excepto esa hermana de que me habeis hablado, nunca habeis tenido lazo ninguno, nunca habeis oído palabras de ternura de ninguno de vuestros semejantes?

EL LEPROSO.

Felizmente para la humanidad, no tengo ningún semejante sobre la tierra.

EL MILITAR.

Me haceis estremecer.

EL LEPROSO.

Perdonadme, compasivo extranjero! Ya sobreis que á los desgraciados les gusta hablar de sus infortunios.

EL MILITAR.

Hablad, hablad hombre interesante. Me habeis dicho que viviais antes con una hermana que os ayudaba á soportar vuestras penas.

EL LEPROSO.

Era el único lazo que me unía al resto de los humanos, pero Dios ha querido romperle y dejarme aislado y solo en medio del mundo. Su alma era digna del cielo que la posee, y su ejemplo me sostenía contra el desaliento que me acomete tantas veces despues de su muerte. Y sin embargo no vivíamos en esa deliciosa intimidad que yo me figuro, y que debería unir á los amigos desgraciados. El género de nuestros males nos privaba de ese consuelo. Hasta cuando nos uniamos para rogar á Dios, evitábamos recíprocamente el mirarnos, temiendo que el espectáculo de nuestros males turbase nuestras meditaciones y nuestras miradas no se atrevían á reunirse sino en el cielo. Despues de nuestras oraciones, mi hermana se retiraba á su cuarto ó bajo los nalgales que terminan el jardín, y vivíamos casi siempre separados.

EL MILITAR.

Y porqué os habeis impuesto esa violencia?

EL LEPROSO.

Cuando mi hermana fué atacada por esa enfermedad contagiosa que ha acabado con toda mi familia, y se vino á mi retiro, no nos habíamos visto nunca; por esto sí espanto fué terrible cuando fijó sus ojos en mí por la primera vez. Por temor de afijarla, y por otro temor mayor que era el de aumentar su mal con mi contacto, me ceñí á adoptar ese triste género de vida. La lepra no la había atacado mas que al pecho, y aun conservaba yo alguna esperanza de verla sana un día. Ese pedazo de empalizada que veis allí, era entónces un bonito cercado de lúpulos que cuidaba yo con el mayor esmero y que dividía en dos partes el jardín; además á cada lado había practicado un senderito por el cual podíamos pasearnos y conversar juntos sin vernos y sin estar muy próximos el uno al otro.

EL MILITAR.

Diríase que el cielo se complacía en emponzoñar los tristes goces que os daba.

EL LEPROSO.

Pero al ménos entónces no estaba solo; la presencia de mi hermana animaba para mí esta soledad en que me halló: oía el ruido de sus pasos cuando venía á orar bajo estos árboles al despuntar la aurora, la puerta de la torre se abría suavemente y la voz de mi hermana se mezclaba insensiblemente con la mía. Por la tarde cuando regaba mi jardín, ella se paseaba algunas veces al caer el sol aquí, en el mismo sitio en que estoy hablando, y veía su sombra que pasaba y volvía á pasar sobre mis flores. En aquel tiempo, aun cuando no la viera, hallaba por todas partes huellas de su presencia. Ahora no encuentro ya por mi camino una flor deshojada, ó algunas ramas de arbusto que ella dejaba caer á su paso, ahora estoy solo; ya no hay ni movimiento ni vida en torno mio, y el sendero que conducía á su guarida de árboles favorita, ha desaparecido entre la yerba. Sin que pareciera que pensaba en mí, velaba sin cesar sobre todo aquello que podía agrardarme. Cuando volvía á mi cuarto, me sorprendía muchas veces encontrando en él jarrones de flores frescas, ó alguna hermosa fruta que había cuidado para mí. Por mi parte yo no me atrevía á pagarla estos tiernos servicios y hasta la había suplicado que no volviese á entrar nunca en mi aposento; pero quien puede poner límites al cariño de una hermana? Voy á citaros un solo rasgo para daros una idea de su ternura. Una noche andaba yo á grandes pasos por mi cuarto atormentado de atroces dolores. En medio de la noche me senté un instante para descansar cuando oí un ruido ligero á la puerta de mi aposento. Me acerco, aplico el oído: podeis juzgar de mi asombro, era mi hermana que oraba á Dios en el pasillo: había oído mis quejas y lamentos. Su ternura la había infundido el temor de molestarle, pero venía á un sitio donde pudiera socorrerme si lo necesitaba. La oí que recitaba un voz baja el *Miserere*. Me arrodillé junto á la puerta y sin interrumpirla seguí mentalmente sus palabras. Mis ojos estaban llenos de lágrimas; quien no se habría enternecido con semejante afecto? Cuando creí que había terminado su plegaria la dije: «Adios hermana mía, retírate, estoy algo mejor: Dios te bendiga y te recompense como lo mereces!» Se retiró en silencio, y sin duda el Señor oyó sus palabras pues pude por fin dormir algunas horas con un tranquilo sueño.

EL MILITAR.

Cuán tristes debieron pareceros los primeros días que siguieron á la muerte de esa hermana querida!

EL LEPROSO.

Me quedé largo tiempo en una especie de estupor que me quitaba la facultad de sentir toda la estension de mi infortunio, y cuando vuelo en mí, pude juzgar al cabo mi situación, estuve á punto de perder la cabeza. Esa época será doblemente triste para mí, porque me recuérda la mayor de todas mis desgracias, y el crimen que debió ser su consecuencia.

EL MILITAR.

Un crimen! No puedo creeros capaz de él.

EL LEPROSO.

Sin embargo es mucha verdad, y al contaros esa época de mi vida, demasiado conozco que perderé mucho en vuestro concepto; pero no quiero pintarme mejor de lo que soy y quizá á condenarme me compadeceréis. Ya en algunos accesos de melancolía se me había presentado la idea de quitarme la vida, pero el temor de Dios me había hecho siempre rechazar esta idea cuando una circunstancia muy simple en apariencia, estuvo á punto de perderme. Acababa de experimentar una nueva desgracia: hacia algunos años que teníamos un perrito que mi hermana había querido mucho, y confieso que desde que ella murió ese animal era un verdadero consuelo para mí. Sin duda debíamos á su fealdad el que se hubiese venido á vivir con nosotros. Nadie le había querido, pero en casa del leproso era un verdadero tesoro. En reconocimiento del favor que el Señor nos había otorgado dándonos aquel amigo, mi hermana le había puesto el nombre de *Milagro*; y este nombre que tanto contrastaba con su fealdad, así como su continua alegría, nos había distraído muchas veces de nuestras pesadumbres. A pesar del cuidado que teníamos con él, sola escaparse de cuando en cuando y yo no había pensado que esto pudiera hacer daño á nadie. Sin embargo algunos habitantes de la ciudad se alarmaron de ello, creyendo que podría llevarles el germen de enfermedad, y en su consecuencia se quejaron al comandante quien mandó que inmediatamente se le matara. En efecto unos cuantos soldados acompañados de algunos paisanos vinieron al punto á mi casa para ejecutar esa orden cruel. Le echaron una lazada al cuello en mi presencia y se le llevaron arrastrando: cuando se halló á la puerta del jardín no pude ménos de mirarle otra vez mas, y le vi volviendo sus ojos hacia mí como pidiéndome un socorro que ya me era imposible darle. Querían ahogarle en el río, pero el populacho que le esperaba fuera, le mató á pedradas. Oí gritos y me entré en mi torre mas muerto que vivo; mis trémulas rodillas no podían sostenerme, y me arrojé en mi lecho en un estado imposible de describir. Mi dolor me hizo ver en esta orden justa, aunque severa, una barbarie tan atroz como inútil; y por mas que me avergüence en el día del sentimiento que me animaba entónces no puedo acordarme de eso á sangre fría. Todo el día le pasé en la mayor agitación. Era el último ser viviente que me quedaba, y ese nuevo golpe había vuelto á abrir todas las lagas de mi corazón.

Esa era mi situación cuando el mismo día al caer la tarde vine á sentarme aquí, en esa piedra en que estáis sentado ahora. Púsemé á reflexionar algun tiempo en mi triste suerte cuando vi allí junto á aquellos dos álamos donde se acaba el cercado, á dos jóvenes esposos que se habían unido hacían poco tiempo. Dan paseándose por el sendero á través de la pradera y llegaron á pasar junto á mí. La deliciosa serenidad que inspira una felicidad cierta, resplandecía en sus hermosos rostros; andaban lentamente, con los brazos entrelazados. De repente les vi detenerse: la joven

recostó la cabeza sobre el seno de de su esposo, que la estrechó en sus brazos con mil trasportes. El corazón quería saltarse del pecho. Me atrevé á decirlos la envidia se deslizo por primera vez en mi corazón: nunca la imagen de la dicha se me había presentado con tanta fuerza. Les seguí con los ojos hasta la estremidad de la pradera y ya iba á perderles de vista entre los árboles, cuando llegaron á mis oídos mil gritos de alegría: eran sus familias reunidas que les salían al encuentro. Ancianos, mugeres y niños les rodearon; yo oía el murmullo confuso de su contento, veía entre los árboles los brillantes colores de sus vestidos y ese grupo entero parecía rodeado de una aureola de próspera fortuna. No pude soportar ese espectáculo; los tormentos del infierno habían entrado en mi corazón, aparté los ojos y me metí en mi cuarto. Dios mio! qué sombrío y desierto me pareció! Conque aquí, dije para mí, he de vivir siempre aquí, despues de haber arrastrado una vida miserable, debo esperar el tardío fin de mis días! El Eterno ha esparcido la felicidad, la ha esparcido á torrentes sobre todo lo que respira, y yo, yo solo estoy sin ayuda, sin amigos, sin compañera... Qué terrible destino!

Agobiado bajo estos tristes pensamientos, olvidé que hay un ser consolador, me olvidé hasta de mí mismo. Como la naturaleza no ha sido injusta sino para mí? Semejante á la criatura desheredada, á la vista el rico patrimonio de la familia humana, y el cielo arano me niega mi parte! No, no, exclamé en un acceso de rabia y desesperación, no hay felicidad para tí en la tierra; muere, infortunado, muere! bastante tiempo has manchado la tierra con tu presencia, ojalá ella te entierre vivo sin dejar ninguna huella de tu odiosa vida. Y como mi furor insensato se iba aumentando por instantes, el deseo de acabar conmigo se apoderó de mí, y fijó todos mis pensamientos. Al cabo concebí la resolución de incendiar mi morada, para dejarme consumir con todos aquellos que habrían podido dejar un recuerdo mio. Agitado, furioso salí al campo, y erré algun tiempo en la sombra en torno de mi habitación, dejando escapar de mi oprimido pecho ahullidos involuntarios que á mí mismo me espantaban en el silencio de la noche. Por último lleno de cólera, me volví á mi casa gritando: Desgraciado de tí leproso, desgraciado de tí! Y como si todo hubiese debido contribuir á mi pérdida, oí el eco que desde en medio de las ruinas de: castillo de Bramafan repetía distintamente: Desgraciado de tí! Me detuve lleno de horror á la puerta de la torre, y el débil eco de la montaña siguió repitiendo largo tiempo despues: Desgraciado de tí!

Tomé una luz y dispuesto á incendiar mi habitación bajé al cuarto mas bajo llevando conmigo sarmientos y ramas secas. Aquel había sido el aposento de mi hermana, en el cual no había vuelto á entrar despues de su muerte: su sillón estaba colocado aun como cuando la saqué de él por la última vez; sentí un estremecimiento de terror al ver su velo y algunos retazos de sus vestidos esparcidos por el cuarto, y las últimas palabras que pronunció ántes de morir se presentaron al punto á mi memoria: «No te abandonaré al morir, me dijo; acuerdate que me hallaré presente en tus angustias.» Al poner la lámpara sobre la mesa, distinguí el cordoncillo de la cruz que le levaba á su cuello, y que ella misma había puesto entre dos hojas de su Biblia. Al ver esto retrocedí con el mayor espanto: de repente me con ojos estraviados la profundidad del abismo en que iba á entrar; me acerqué temblando al libro sagrado y exclamé: «Este es el socorro que me ha prometido.» Y al tiempo que sacaba la crucecita del libro encontré un billete cerrado que mi buena hermana

había allí dejado para mí. Mis lágrimas contenidas hasta entonces por mi dolor, salieron en torrentes, y todos mis funestos proyectos quedaron desvanecidos al instante. Largo tiempo estreché aquella preciosa carta sobre mi corazón antes de poder leerla, hasta que al cabo poniéndome de rodillas para implorar la misericordia divina, la abrí y lei sollozando estas palabras que eternamente permanecerán grabadas en mi corazón: «Hermano mío: muy pronto voy a separarme de tí, pero no creas por esto que te abandono. Desde el cielo a donde me prometo ir, cuidaré de tus días, y pediré que te dé suficiente valor para soportar la vida con resignación, hasta que quiera reunirme en otro mundo: entonces podré mostrarte todo mi cariño, entonces podré acercarme a tí sin que nunca volvamos a separarnos. Te dejo la cruccecita que he llevado toda mi vida: muchas veces me consolé en mis penas y mis lágrimas no tuvieron jamás otros testigos que ella. Cuando la veas acuerdate de que mi último deseo ha sido el de que puedas vivir y morir en buen cristiano.» Carta querida! Siempre estará conmigo, aun en la tumba! Ella me abrirá las puertas del cielo que mi crimen debía cerrarme para siempre. Al leer las últimas palabras me sentí desfallecer anonadado por lo que acababa de experimentar en aquella ocasión. Mis ojos se cubrieron con una nube, y durante algún tiempo perdí a la vez el recuerdo de mis males y el sentimiento de mi existencia. Cuando volví en mí ya la noche estaba bastante adelantada. A medida que mis ideas se aclaraban iba sintiendo un sosiego inesplicable: todo lo que me había pasado me parecía un sueño. Mi primer movimiento fué levantar los ojos hacia el cielo para darle gracias porque me había preservado del mayor de todos los infortunios. Nunca el cielo me había parecido tan hermoso y sereno: una estrella brillaba delante de mi ventana; largo tiempo la estuve contemplando con un placer inesplicable, dando gracias a Dios porque me otorgaba aun el placer de verla y experimentaba un secreto consuelo al pensar que uno de sus rayos venía sin embargo destinado á la triste morada del leproso.

Me volví á mi cuarto mas tranquilo; empecé el resto de la noche en leer el libro de Job, y el sagrado entusiasmo que me inspiró acabó por disipar enteramente las negras ideas que tanto me habían atormentado. Nunca había tenido esos horribles momentos en vida de mi hermana, porque me bastaba para sosegar el saber que estaba á mi lado y la idea del cariño que me tenía me infundía valor y me consolaba.

EL MILITAR.

Que edad tenía vuestra hermana cuando la perdisteis?

EL LEPROSO.

Apénas tenía veinticinco años, pero sus sufrimientos la tenían muy acabada.

EL MILITAR.

Muy jóven la habeis perdido.

EL LEPROSO.

Su complexion débil y delicada no podía resistir á tantos males reunidos; hacia mucho tiempo me hallaba convencido de que su pérdida era inevitable, y tal era su triste suerte, que á veces me veía obligado á desearla. Al ver que se consumía por momentos, observaba con un gozo funesto que el

término de sus dolores se aproximaba. Al cabo su debilidad que iba en aumento, la producía frecuentes desmayos que amenazaban su vida de hora en hora. Una tarde (era á principios de agosto) la vi tan abatida que quise separarme de ella; estaba sentada en un sillón porque no podía soportar la cama hacia algunos días. Me senté junto á ella y sumerjidos en la mas profunda oscuridad tuvimos juntos nuestra última conversacion. Mis lágrimas no podían agotarse, y un cruel presentimiento me ajitaba. «Porque lloras? me decía; porqué te afliges de ese modo? No te abandonaré al morir y estaré presente en todas tus angustias.»

Algunos instantes despues me manifestó el deseo de que la llevara fuera de la torre para rezar junto á sus nogales, sitio donde pasaba la mayor parte del día cuando hacia buen tiempo. «Quiero, me decía, morir mirando al cielo.» Sin embargo yo no creía que había llegado aun su última hora. La tomé en mis brazos para llevarla, pero me dijo: «Con que me sostengas hay bastante; creo que tendré fuerzas para andar.» La ayudé á llegar hasta los nogales, la hice un almohadon de hojas secas que ella misma había reunido allí, y habiéndola cubierto con un velo para preservarla de la humedad de la noche, me coloqué á su lado; pero ella desecó quedarse sola en su última meditacion, y hube de marcharme aunque sin perderla de vista. Veía su velo que se alzaba de tiempo en tiempo, y veía sus blancas manos levantadas al cielo. Poco despues me pidió un poco de agua; se la traje en su copa, pero no pudo beber, y únicamente humedeció sus labios. «Siento que llega mi hora, dijo volviendo la cabeza; pronto se acabará mi sed para siempre. Sostenme hermano mío; ayuda á tu hermana á atravesar ese paso terrible y deseado. Sostenme, recita la oracion de los agonizantes!» Estas fueron las últimas palabras que me dijo. Apoyé su cabeza sobre mi seno y recité la plegaria que me pedía: «Anda á la eternidad! me decía, mi querida hermana; líbrate de la vida; deja estos despojos en mis brazos!» Tres horas la sostuve así en la última lucha de la naturaleza, hasta que al cabo se apagó suavemente y su alma voló sin esfuerzo de la tierra.

El leproso, al concluir este relato, se cubrió el rostro con las manos; el dolor había embargado la voz al forastero. Al cabo de un instante de silencio el leproso se levantó diciendo: «Estranjero, cuando os habeis acomodado de un fuerte desaliento, pensad en el solitario de la ciudad de Aosta; solo así sacareis algun provecho de vuestra visita.»

Ambos se dirijieron hacia la puerta del jardín. Cuando el militar estuvo á punto de salir se puso su guante en la mano derecha: «Nunca habeis estrechado mano ninguna, dijo al leproso; concededme el favor de estrechar la mía, que es la de un amigo vivamente interesado en vuestra suerte.» El leproso retrocedió algunos pasos con una especie de espanto y alzando los ojos y las manos al cielo exclamó: «Dios bondadoso, colma de bendiciones á este hombre compasivo.»

Concededme otra gracia, repuso el viajero. Voy á marcharme; acaso no nos volveremos á ver en mucho tiempo; no podriamos escribirnos de cuando en cuando tomando todas las precauciones necesarias? Estas relaciones podrian distraeros y me proporcionarían un gran placer á mi mismo. El leproso reflexionó algún tiempo y contestó: «Porqué he de hacerme ilusiones? No debo buscar mas sociedad que la mía, ni otro amigo que Dios; en él nos encontraremos de nuevo. Adios jeneroso estranjero, adios para siempre!»

El viajero salió. El leproso cerró la puerta y echó el cerrojo.

J. DE MAISTRE.

LOS NIÑOS MIMADOS.



Dibujo copiado de LANDSEER.

Si se quiere acertar con el sentido del nombre dado por el artista á su cuadro, se deben tomar por niños mimados a niña, la cierva y el gatito reunidos entre esa hermosa verdura. En efecto, los tres parecen hallarse en esa condicion excepcional de abundancia, de placeres y de libertad que justifica ordinariamente semejante denominacion. La niña risueña y bien vestida parece no tener mas obligacion que

la de jugar entre las hojas, cojer yerba para su cierva ó llevarla un poquito de leche de su almuerzo. Por su parte, el gracioso animal, corre libremente, arrancando la cinta que la adorna sin eucadenarla, mordiendo con la punta de las dientes como el conejo de Lafontaine y esperando el pastelillo que huele con cierto desden, y que comerá como por gracia. En cuanto al gato, tiene toda la alegría de su edad.

T. II. — PARIS. — IMP. BLONDEAU.

Tendido boca arriba, juega con la cinta de la cierva; y dentro de un rato la perseguirá al son de las carcajadas de su dueña, que no exige otra cosa de ellos sino el apetito y el contento.

Siempre es bueno fomentar las relaciones de los niños con los animales domésticos. En esto hay ya para ellos el primer aprendizaje de protección y confraternidad, un ejercicio de la benevolencia que se convierte después en costumbre. La dulzura con los animales que viven con nuestra existencia y que tienen un animado puesto en nuestro interior, es una prueba de justicia, de generosidad y de buen corazón. De este modo aprendemos la paciencia, la gratitud y el afecto: encargados de la felicidad de seres vivientes, nos iniciamos en la responsabilidad que debe pesar sobre nosotros mas adelante, cuando nos hallemos encargados de la felicidad de nuestros semejantes. Los animales domésticos son el último anillo de la familia, y por el subimos esa cadena de deberes y goces interiores que conduce hasta las alegrías y deberes públicos.

BIOGRAFIA CONTEMPORANEA.

CARLOS DICKENS.

Carlos Dickens, novelista inglés, empezó, como casi todos lo hacen en aquel país, es decir, escribiendo en las Revistas con nombre supuesto, usando el pseudónimo de *Daz*. Numerosos artículos de costumbres, recuerdos de viaje, críticas y ligeros cuadros populares, le hicieron adquirir cierta notoriedad y le hicieron perseverar en la vía que había empezado a recorrer con paso firme y rápido. Es el primer escritor moderno que ha acometido la empresa de ensanchar las dimensiones de la novela, introduciendo en ella bajo una forma dramática las graves cuestiones que preocupan hoy en día a los economistas y a los hombres de estado de todos los países. Al lado de las pastores cuyo progreso y desarrollo solamente ocupaban las novelas de antes, ha trazado el cuadro de las instituciones y de las miserias humanas. El hombre, en sus libros, no permanece como un ser abstracto, natural de tal país y nacido en tal época, sino que se convierte en un inglés del siglo XIX, del siglo de las máquinas y de los hospicios, de las leyes de cereales, y del pauperismo.

Una de las primeras novelas que ha publicado Dickens en este género es *Olivier Twist*. Este libro, desprovisto de intriga, refiere únicamente los sufrimientos de un espósito cuya historia proporciona al autor los medios de criticar severamente los hospicios. *Nicolás Nickleby*, es otra novela suya mucho mas conocida y que ha contribuido poderosamente a popularizar a Dickens. He aquí en pocas palabras el argumento de esta novela que tiene muy poca complicación.

El autor refiere en una especie de prólogo la historia de dos niños, cuyos caracteres perfectamente descritos, se manifiestan desde su mas tierna infancia; uno de ellos es generoso, y el otro avaro. El primero se casa con una joven de mediana fortuna que le da dos hijos, llamados Catalina y Nicolás, que es el héroe de la novela. El segundo llega a ser un rico usurero de Londres, llamado Ralph. En el primer capítulo introduce Dickens al lector en casa del usurero Ralph; su dependiente Newman-Nogs, que es un *ex-gentleman* arruinado por las deudas, le entrega una carta que le anuncia al mismo tiempo la muerte de su hermano, y la le-

gada a Londres de su cuñada Mistress Nickleby con sus dos hijos Catalina y Nicolás.

El difunto no ha dejado mas herencia a su familia que el llanto y la miseria, y los tres desgraciados tienen, dada su última esperanza en Ralph; pero éste que es incapaz de tener sentimientos generosos y humanitarios, solo piensa en la manera de desembarazarse de sus parientes necesitados. Empieza por separar a la madre y a los hijos. Hace habitar a su cuñada en una casaca asquerosa de la *City*, coloca a Catalina en un almacén de modas, y manda a Nicolás en clase de maestro a un hospicio miserable dirigido por un tal Squeers, y situado a 60 leguas de Londres. Allí presenta el autor uno de los cuadros mejor trazados de la novela. Es imposible enumerar los tormentos que Squeers, su mujer, su hija y su hijo, hacen sufrir a los pobres niños colocados allí por padres avaros, seducidos por la excesiva baratura. Alimentos, vestidos, educación, todo les falta. La mujer de Squeers les administra diariamente un medicamento para quitarles el apetito, el marido los pega y sus dos hijos imitan su ejemplo. Que perezan estos desgraciados, fruto cuasi todos del crimen y de la deshonra, será un beneficio para sus padres desnaturalizados.

La brutalidad y avaricia de Squeers y de su horrible mujer pareciera increíble y fabulosa en España; porque la vigilancia del gobierno impediría tamaños abusos; pero no es así en Inglaterra, en la cultura y civilizada Gran Bretaña, en donde reina la mas completa libertad de enseñanza. Allí no hay necesidad de exámenes, de títulos ni de certificados de buena conducta en los maestros. No existe, en una palabra, esa rigidez de tan absoluta necesidad que sirve para concentrar las dignas e interesantes funciones de preceptor en los hombres de mas mérito y moralidad. Cualquiera puede establecer un colegio o enseñanza de cualquiera clase en aquel país, por ignorante é indigno que sea, y se citan cocheros borrachos y viciosos que han dejado el látigo y las bridas para empuñar las disciplinas del maestro.

Nicolás Nickleby no pudo ver sin una indignación profunda los horrores que se cometían por aquellos seres inmundos; pero por no causar disgusto a su desgraciada madre, lo lleva algun tiempo con paciencia. La situación se complica. La hija de Squeers se enamora perdidamente de él. Nicolás permanece indiferente, y ella al verse despreciada, escita todo el odio de sus padres contra él. Finalmente, cansado el pobre muchacho de aguantar golpes al maestro, se pone en camino para Londres, a pié y sin dinero.

En el camino encuentra a un adolescente de 17 años llamado Sniquee, que se había escapado tambien del hospicio; este desgraciado no tiene familia, y los malos tratamientos que ha recibido le habian hecho casi idiota. Nicolás le ha protegido, y no quiere abandonar al único ser que le ha manifestado cariño. Llegan los dos a Londres y se refugian en casa de Newman Nogs, el dependiente del usurero que pone al corriente a Nicolás de lo que ha pasado durante su ausencia. Le refiere que Ralph ha querido hacer servir de cebo a Catalina para su odioso comercio por medios inmorales y repugnantes. Indignado Nicolás, le echa en cara a su tío todas las infamias, y coloca a su hermana al lado de una familia decente y honrada, en clase de ama de llaves. Se marcha enseguida a las provincias con Sniquee y se hace cómico. De aquí, nuevos personajes y aventuras.

En medio de sus triunfos recibe una carta de Newman Nogs que le obliga a encaminarse apresuradamente a Londres, pues le anunciaba que su hermana era objeto de las persecuciones de un ricachón libertino, que habia salido alu-

cinar a su madre é interesar a Balyh en su favor. Nicolás sacude el polvo al *gentleman*, reúne a su madre y a su hermana al lado suyo, y emprende con valor la penosa y humillante tarea de buscar una colocación. A pesar de las persecuciones de su tío mejora de suerte. Una casualidad feliz le hace conocer a unos comerciantes honrados y filantrópicos que hacen justicia a su mérito y le toman por dependiente. Las persecuciones de Balyh aumentan; se urden intrigas mezquinas y odiosas; pero la felicidad de Nicolás y de su familia está ya asegurada; se casa con una joven que le ama, y llega a ser socio de los comerciantes en cuya casa se halla. Catalina da la mano de esposa al sobrino de los excelentes protectores de su hermano, y todos viven felices. Squeers que no ha podido arrancar a Sniquee el poder de Nicolás, cae en manos de la justicia que le envia por dos años a pagar sus delitos en Botany-Bay. Balyh, solo, abandonado con su oro que no le sirve para proporcionarse los verdaderos goces del alma, es atacado por el *spleen*, y para colmo de penas llega a saber que Sniquee es hijo suyo. Entonces sube a la bohardilla de su casa y se ahorca—suicidio inglés. — Las últimas páginas de la novela refieren la felicidad de Nicolás y de su familia y concluye con la muerte del pobre Sniquee. Nada ha bastado para borrar la impresión de los suplicios que sufrió en su infancia; se apaga lentamente su existencia, aniquilado y atormentado ademas por una pasión secreta. La poesía misteriosa que se exhala de este carácter tierno y amante da al final de esta obra un encanto dulce y triste que contrasta sobremedera con las bufonadas, las miserias y los horrores de que está llena esta novela.

En todas estas obras *Olivier Twist*, *Nicolás Nickleby*, y tambien el *Mercader de antigüedades* dominan las ideas serias, si no en la forma, que suele ser pueril, en el fondo por lo ménos. El estilo cómico no es mas que un accesorio en ellas y sirve de descanso al lector. En sus producciones fantásticas se traslucen siempre emociones fuertes y lecciones provechosas. Pero nada de esto existe en el *Club de los Pickwists*, que desde el principio hasta el fin no hace mas que proponer la risa.

El *Club de los Pickwists*, que el mismo autor designa como *novela cómica* (título que escasea desde que murió Scarron), justifica perfectamente esta denominación. Cuenta las peregrinaciones variadas, las ideas caprichosas, las reflexiones originales, y las aventuras de cuatro hijos de la antigua Inglaterra, corriendo por los caminos para conseguir la *mayor extensión de las luces del siglo*. Estos paladines que en cualquier otro país serian tachados de *muy escéntricos*, pero cuyos tipos abundan extraordinariamente en los innumerables *clubs* de la Gran Bretaña, son M. Trey Tupman admirador tan entusiasta cuanto desgraciado del bello sexo, M. Augusto Snodgrass, naturaleza poética y floca, M. Nathaniel Winkle, cazador sempiterno pero virgen aun de todo asesinato animal, y finalmente M. Samuel Pickwick, el sabio Pickwick, el jefe, fundador y protector del *Pickwick-club*.

Las escenas de esta odiosa burlesca son tan apuradas y se acumulan los sucesos de una manera tan chocante, que sería difícil analizarla. Los cuatro amigos salen de Londres y empiezan su viaje por una disputa con un cochero soez; riñen a puñetazos según la costumbre inmemorial británica, y consiguen por fin encaramarse al cape de la diligencia de Rochester. Aquí vienen a colocarse todas las aventuras desgraciadas del club, y termina la novela con la retirada del venerable Pickwick que regresa a su linda casa de Dulwick. — Las elecciones de Eatanswill pintan con mucha natural-

dad una de las costumbres políticas de Inglaterra mas ridiculas. Citaremos este trozo como una muestra del estilo de Dickens.

— Hemos venido para asistir a las elecciones, dice el honrado M. Pickwick a M. Perker, agente de uno de los candidatos.

— Los debates seran animados.

— Tanto mejor, replica el cándido M. Pickwick, todas las opiniones son respetables cuando son defendidas con celo y...

— Hemos empezado por alquilar todas las posadas para no dejar a nuestros adversarios mas que las tabernas; es buena política.

— ¿En favor de quién están las probabilidades?

— No se sabe; está dudoso por lo ménos. Los partidarios de Tisquin han tomado sus medidas tambien. Tienen 33 electores en reserva, en las cocheras del Leon Blanco.

— ¿Electores en cocheras?

— Está claro: los encierran para que no podamos ejercer influencia alguna sobre ellos; ademas, de poco nos serviría hablarles, porque los tienen completamente borrachos desde que han llegado. El agente de Tisquin es muy diestro.

— Mucho me sorprende...

— No somos lerdos tampoco nosotros. Hemos convidado la otra noche 45 señoras a tomar el té; esto nos da alguna probabilidad...

— ¿Cómo?

— Es muy sencillo. Todas tienen padres, hermanos ó maridos; para interesarlos en favor nuestro los hemos ofrecido una sombrilla verde a cada una.

— ¿Una sombrilla verde!

— Si señor, que es la última moda que ha venido de París para las sombrillas. Cuarenta y cinco sombrillas a siete chelines y seis peniques cada una, forman una cantidad respetable; pero algo se ha de hacer. Las mujeres son fanáticas ahora por las sombrillas verdes, y no se puede estar media hora en un punto sin ver pasar media docena de estas.

En este intermedio llega M. Putt, redactor del periódico que hay en aquel pueblo. Es un tipo precioso del periodista de provincia.

— Caballero, le dice a M. Pickwick, nuestras elecciones harán mucho ruido en la corte; ¿no es verdad?

— Creo que si, responde el excelente M. Pickwick, incapaz de disgustar a nadie.

— *Tengo la convicción* de que mi artículo del sábado último ha contribuido poderosamente a ello... La prensa es muy poderosa, caballero.

— Esa es mi opinión.

— En cuanto a mí, *tengo la convicción* de que no he vuelto el arma que manejo contra ningún individuo; solo empleo mis débiles medios en el desarrollo de los principios... de los principios que... por los cuales... en fin, ya comprende usted, de los principios que...

— ¡Oh! si, si, está demasiado claro para que yo...

— Y ¿cuál es la opinion general sobre mi polémica con el *Independiente*?

— Es...

— *Tengo la convicción* de que se ocupan de ella todas las inteligencias superiores y la aprueban, y por consiguiente la sostendré.

— Muy bien hecho.

Halagado por esta aprobación, M. Putt se lleva los cuatro amigos a su casa para recrearlos con la lectura del periódico.

— Al día siguiente M. Pickwick fué á ver desfilir los electores.

— Parecen estar frescos y ágiles, le dijo á su criado que le acompañaba.

— En cuanto á frescos, deben estarlo; contestó el criado; puesto que los dos criados de la posada y yo hemos estado media hora echándolos agua con la bomba.

— Echándoles agua?

— Si señor, era necesario; habían bebido tanto que estaban todos dormidos debajo de una mesa. Los hemos sacado uno por uno esta mañana y los hemos colocado debajo de la bomba para que recibieran el agua fresca y se pusieran en estado de presentarse.

— ¿Y por qué ha hecho usted eso, Samuel?

— Porque el comité nos daba un chelín por cada uno, etc., etc.

A este tenor se encuentran en todas las obras de Dickens, en medio de las situaciones más ridiculas, en los sucesos más pueriles, lecciones morales y provechosas, correcciones severas á los malos usos, y críticas mordaces á las costumbres ridiculas, lo cual ha hecho á algunos establecer un parangón entre Dickens y el novelista francés Eugenio Sue; pero no se puede establecer semejante comparación. Dickens refiere siempre, pero nunca diserta. Es verdad que hace penetrar en los hospicios y en las cárceles, que describe los vicios y las enfermedades pestíferas que hay en estos sitios; pero nunca declama en largas disertaciones como las de Eugenio Sue. Si penetra en alguna taberna ó en algún lupanar de la *City*, no cree que debe descorrer completamente el velo de los misterios horribles con el pretexto de enseñar y moralizar. Sabe lo que debe decir al lector, y lo que este debe entender. En literatura es como en pintura; hay objetos que están mejor en medias tintas, y contornos que deben ser adivinados, más bien que vistos. No le gustan á Dickens los horrores. Tiene una alegría expansiva, comunicativa, y su buen humor y su franqueza le acompañan siempre en sus escritos, ya sea que moralice ó que divierta. La cólera y la indignación las espesa tan solo con los rasgos de la ironía.

En Francia, donde son más conocidas naturalmente las obras de Dickens, están tan divididas las opiniones entre los autores á quienes le comparan, que no es posible ponerlas de acuerdo. Unos le ponen al nivel de Paul de Kock, otros le elevan hasta Walter Scott; pero es un error, porque tan superior es al primero como inferior al segundo: es decir, que ocupa un término medio entre ambos y no puede haber comparación con ninguno de ellos.

El estilo de Dickens no tiene esas redundancias molestas que se censuran en sus compatriotas, particularmente en M. Bulwer; está lleno de audacia y energía, pero la complejidad del argumento suéle ser débil. Parece que su único objeto es presentar al lector la mayor cantidad posible de personajes, y á fé que lo consigue. Los tipos originales se multiplican en sus páginas con una prodigalidad que recuerda á Lesage de Fielding; pero su tosca fantasía no puede luchar con el gusto puro y elevado de Jorge Sand, ni su observación con la psicología esquisita de Balzac.

Aunque joven todavía, Dickens ha escrito mucho, y si ahora no da tantas producciones, es porque ha hecho lo que la mayor parte de los escritores ingleses, que después de haber consagrado su imaginación á los trabajos recreativos, la dedican á los de utilidad. Empieza en la política el tiempo que antes ocupaba en la literatura. El *Daily-News*, periódico que ha fundado hace pocos años y que ha adquirido ya mu-

cha circulación, le conducirá pronto indudablemente al parlamento, en donde han entrado ya Bulwer y Disraeli.

UNA LEYENDA DE COLONIA.

Ya había agotado todas las razones y todos los paliativos para con la familia justamente irritada. La madre más violenta y más inflexible que el padre, me quitó bien luego la esperanza de contar con su apoyo.

En vano me extendí sobre el talento y el mérito de su hija:

— Por eso es mucho más culpable, murmuró el padre apretando los dientes.

— Os cuidaría tanto en vuestra vejez sería la alegría, la vida de vuestro interior!...

— Preferiría acabar mis días en el hospital, exclamó la madre, antes que volver á ver aquí á la que me ha hecho envejecer antes de tiempo.

— Si supieses cuanto ha padecido esa pobre joven desde hace diez años! Bien ha espiado...

— Si, interrumpió la madre, hace diez años que huyó de esta casa de donde ha salido para siempre; desde aquel día he cesado de conocerla; ya no es mi hija; ya no es nada.

El padre se ocultaba la cara con las manos, de lo que inferí que se enternecía. Como sacar partido de esa emoción favorable? La religión tiene su leyenda de misericordia sobre el hijo pródigo; pero yo no conocía ninguna en favor de la hija imprudente. A ella se aplica la espantosa máxima:

L'honneur est comme une île escarpée et sans bords,
On n'y peut plus rentrer quand on en est dehors. (1)

Al ver llorar á una joven culpable hermosa todavía, hallé mi escusa para unos estravíos que se me presentaban bajo un aspecto muy diverso en presencia de aquellos ancianos padres, de aquellas desnudas paredes, de aquellos muebles empolvados y sombríos. No era extraño que fuese ineficaz mi mediación, puesto que se desesperaba en mi una secreta cólera contra la que había sido la deslucida de aquella casa: un pasado muy diferente se me presentaba á la memoria con las risueñas escenas de la adolescencia de la joven, y tuve la poca cordura de hablarle al padre de aquellos desgarradores recuerdos.

— Me parece verla apoyada aun sobre tu hombro, primo mio, dije al anciano absorto en su tristeza. Qué graciosa estaba en oración, y qué seductora en sus caricias! Qué hubieras podido negarla entonces? te acuerdas de aquel día en que te suplicó que la llevases á una fiesta? «Querido papa, repeta con su dulce voz cuyo hermoso timbre alegraba los corazones, tengo tantas ganas de ir á ella! Te atreverás por la primera vez á dar un disgusto á tu Sara?» Inclínala sobre ti, acercaba á tu oído sus risueños y suplicantes labios, como si su aliento cariñoso tuviese el don de hechizarte. Cedistes; todos habríamos hecho lo mismo... Quien me hubiese dicho que algún día te hablaría en favor de esa misma hija, y que no me harías caso!

En tanto que estaba hablando, mi anciano primo dió una vuelta con un movimiento de angustia. De repente alzó la cabeza; con los músculos contraídos, la fisonomía endurecida, las cejas fruncidas y el ojo inflamado y seco, me miró y luego miró á la puerta. Me había adelantado demasiado;

1 El honor es como una isla escarpada y sin orillas—en la cual no se puede volver á entrar cuando ya se ha salido.

la pantomima era tan significativa, que me fui á buscar lentamente mi sombrero.

Esa puerta en la cual tenía mi primo los ojos fijos se abrió poco á poco y se presentó una prima, con quien yo no había tenido muchas relaciones, y de la cual me había burlado varias veces. Esta mujer era un estuche como suele decirse; siempre andaba de un lado para otro, trayendo y llevando. Constantemente descubría entre los conocimientos individuos que debían nacer, otros que debían casarse y otros que se morían. Era necesario vestir á los unos, ali-

mentar, colocar ó enterrar á los otros. El corazon de la pobre mujer, abierto á todo el mundo, alimentaba esa incansable actividad que turbaba mi reposo y fatigaba mi indolencia. Sin embargo esta vez me gustó su visita, pues ella hacía menos urgente mi partida.

— Buenos días, me dijo; como os va con un tiempo tan malo? Bien á lo que veo. La niebla es buena para las viñas, y la nieve es provechosa para el trigo; porque nos ha de hacer daño á nosotros criaturas de Dios, que comemos los granos del uno, y bebemos el zumo de las otras? Ah! sois



Una leyenda de Colonia.—Dibujo de Karl GARDET.

vos, primo mio, me alegro, porque me estais debiendo alguna cosa. No sabéis que habeis ganado los mejores premios en nuestra última rifa? Por eso os guardo un doble de billetes, no es mucho, y ya podéis agradecerme, pues todos mis números salen premiados.

Tanta palabrería no podía venir peor que en aquel momento.

— Déjame en paz con vuestras eternas rifas, prima mia, la contesté. Este año tengo tanto dinero que perder como alegría. Reservad para otro los favores de la fortuna.

El tono iba adecuado á las palabras. Mi prima me miró con alguna extrañeza; las alegres arrugas de sus ojos se alargaron, y acompañando con un ligero movimiento de hombros su menedo de cabeza habitual, me contestó:

— Enhorabuena, lo dejaremos para otro día.

Luego se fué á sentar al lado de la dueña de la casa, que aparentaba prestarle atención, y principió á desplegar sus paquitos y á hablar á media voz. Pude oír que se trataba de ventas para hermanos, de suscripciones, de asociaciones caritativas, y continué dando vueltas á mi sombrero entre mis dedos, sin poder resolverme á abandonar mis súplicas, y sin descubrir una coyuntura favorable para volver á ellas.

Mis reflexiones eran poco risueñas. Con qué cara iba á

decir á aquella en quien había hecho nacer la esperanza, que aquel padre antes tan indulgente se había convertido en un severo juez, y que todos los dolores que había acumulado en el corazon de su madre se habían convertido en un agrio rencor? Sumerjido estaba en estos negros pensamientos cuando oí esta exclamación súbita:

— Sara, exclamó la prima; pobre criatura, dónde estará?

Al oír esto recibí mi valor casi perdido. Nuestros parientes habían hablado y la escrupulosa devota en quien nunca me habría atrevido á buscar un auxilio, se volvía el más ardiente abogado de mi pobre arrepentida.

— Porque no ha venido á verme al instante? me preguntó mi prima con presteza.

— Que no vuelva á presentarse aquí interrumpió violentamente la madre; me mataría su vista.

— No, no os matará querida prima; al contrario os dará la vida. Las lágrimas sinceras lavan todas las manchas; la que llora está perdonada. Si la rechazaseis, yo la recibiría, mi cuarto es bastante grande para las dos. Ahora que está de vuelta, quien puede acordarse de que nunca nos haya abandonado?

— Créi que teniais más moralidad y más religión, repuso la madre con desprecio.

Vi que su irritación iba á caer sobre aquella que se aboga sus derechos, su papel maternal.

Pero la prima estaba resuelta á no callar.

— Querida amiga, exclamó apoderándose de sus dos manos que apretaba violentamente entre las suyas, acaso no proporciono mas gozo el culpable que se arrepiente que el justo que nunca ha pecado? Cómo! cuando viene á enjugar todas las lágrimas que nos ha hecho verter, nos pondríamos como implacables acreedores, á pedirle cuenta de ellas? Ah! Bendito sea el señor que nos envía á aquella que tanto hemos amado! Sobre vuestras rodillas aprendí las primeras oraciones. Os acordáis del día en que añadí « ¡Iz Dios mio que mi madre me perdone! » Os acordáis cuando os dió el accidente? la criatura estaba mas pálida que vos misma cuando os sangraron; se desmayó, y la primera palabra que murmuraron sus cárdenos labios, fué la de « Madre mia. »

La anciana soltó una de sus manos y buscó su pañuelo.

La emoción prestaba una verdadera elocuencia á aquella mujer que yo creí vulgar. Entonces ya no pensé en abogar por una causa que mi prima comprendía mejor que yo. Esta por su parte no se acordó de hablar de las flaquezas paternales, orijen quizás de los errores de Sara, pero habló de aquellos días de angustia en que á la cabecera de su hija enferma, el padre pedía al Señor que le quitase la vida antes que á ella. Despertando su adormecida ternura, ablandó el corazón de los viejos padres con los recuerdos de la cuna y de las primeras sonrisas. Todo un pasado de candor infantil, de amor ingenuo, de ese precioso y tierno desarrollo de la infancia, renacida en esos relatos mezclados de piadosas invocaciones y cuando el padre y la madre, con los párpados hinchados de lágrimas de ternura, dijeron algunas vulgaridades sobre la opinión pública, sobre la necesidad de que se espían mucho tiempo las faltas por temor que el ejemplo de una peligrosa indulgencia no aliente el vicio y el escándalo, la prima contó una leyenda que hizo una profunda impresión en mi espíritu mundano.

« En la ciudad de Colonia, dijo, existía hace mucho tiempo un ríjido monasterio de religiosas. Las principales familias de la Alemania, de las orillas del Rhin y aun de la Francia, enviaban allí á sus hijas cuando querían arrancarlas á las seducciones del siglo y asegurárselas desde luego un puesto en el paraíso. De este modo llevaron allí á una niña de siete años llamada Beatriz, que tan piadosa era que antes de los quince obtuvo el permiso para tomar el velo. Esto era muy malo; era contra las reglas del convento, pero tanto había suplicado la jóven para que la admitieran entre las hermanas, y tanto ardor y celo había mostrado que fué imposible resistir á su vocación. Y quién se habría atrevido á criticar á la superiora cuando la mas jóven de las religiosas era tambien la mas asidua y ferviente de todo el monasterio? »

« Sacristana de la capilla de la virgen, Beatriz guardaba todos los ornamentos, y su único placer era el de poner adornos en el altar que le estaba confiado. Su inocencia, piedad y celo hicieron de ella durante siete años el modelo de todo el convento. Pero un día sucedió que se habló en la ciudad (y gracias á las coleccionadas y á las legas, la noticia llegó á todo el convento), de la próxima llegada de un embajador, de un gran señor francés, el cual yendo á pedir en matrimonio para su soberano una princesa alemana, pasaba por Colonia para hacer sus devociones á los reyes magos. Cosas maravillosas se contaron del embajador y de su brillante séquito, tanto que Beatriz que nunca había visto nada

tan bonito como la procesión del Corpus y que jamás había pensado en otro espectáculo, llegó á desear mucho el asistir á esta pompa mundana. Para esto hizo sus súplicas á la tornera, que movida por sus instancias consintió en entrar á abrir una ventanilla que estaba condenada, por la cual la jóven religiosa vió desfilir á aquellos hermosos señores. Mas de uno alzó la cabeza y saludó besando la punta de los dedos á la hermosa reclusa que alternativamente se descubría y se tapaba su frente con el velo. Qué placer tan grande era ver pasar á todos aquellos caballeros llenos de oro y seda haciendo caracolear á sus fogosos alazanes! Beatriz siguió largo tiempo con los ojos la brillante cavalgata y las tornasoladas banderas de oro y seda; y como había leído las divisas de los caballeros en honor de sus damas, hizo que la explicara los emblemas la tornera, que en su tiempo había conocido la corte.

« Desde aquel momento la jóven monja principió á sentir que no era mas que una pobre jóven que nunca había visto nada, y se dijo que mas valdría estar muerta que hallarse encerrada entre aquellas tristes paredes que encarelaban las miradas sin poder encarelar los pensamientos. El dulce y casto asilo que la había puesto al abrigo de todos los males, de todos los escollos se le hizo odioso; figurábasele que todo fuera del claustro no era mas que alegría y delicias, bienes desconocidos, de que todos, menos ella, participaban. En una palabra aborreció la vida del claustro que antes la había parecido tan hermosa, y abandonándose á la tentación, se fué una mañana á la capilla que estaba á su cuidado. Allí se arrojó delante del altar adornado por sus manos, y dirigiéndose á la virgen cuya placida imagen la sonreía como siempre, la dijo: « Madre mia, hace muchos años que te sirvo de día y de noche, pero ya no puedo resistir á los deseos que me atormentan; tu no me ayudes, no tengo fuerzas para resistir y vendida me rindo. Estas llaves que había conservado hasta aquí, te las devuelvo. » Y poniéndolas detrás de la virgen bienaventurada huyó con presteza del monasterio.

« Quince años vivió Beatriz con una vida culpable y mundana. Por todas partes iba buscando esa felicidad que había creído hallar fuera del convento, que nadie encuentra jamás sino en si mismo, y que ella se imaginaba descubrir á cada nueva falta. Cansada en fin de una vida criminal, cansada de los demas y de si misma, una noche, que estaba muy abatida, se fué hacia la puerta del claustro en donde había pasado sus mejores años. Impulsada por un movimiento irreflexivo llamó, y poniéndose á la sombra de la puerta, preguntó á la nueva tornera que se asomaba, si había conocido á una religiosa llamada Beatriz que antiguamente fué sacristana en el convento.

« — Y lo sigue siendo, respondió la tornera; es una de nuestras mejores religiosas, desde su infancia está cuidando la capilla de la virgen, y muy querida de nuestras hermanas, es el ejemplo de nosotras todas.

« La pecadora cortada, no pudiendo comprender estas palabras, se retiró muy conmovida. Ithalas repasando en su mente, andando medio estraviada por el bosquecillo que daba sombra á una punta del convento cuando la virgen se la apareció y la dijo: « Hace quince años que me dejaste tu cargo y lo he llenado. Quince años he hecho tu servicio con tu rostro y hábito; pero ahora te los vuelvo á mi vez. Nadie ha sabido tu pecado; vuelve á llenar tu tarea; haz penitencia de tus faltas, que ya volverás á hallar tus llaves en el mismo sitio en que las dejaste. »

« A estas palabras Beatriz se desbizo en llanto; fué á to-

mar sus llaves, su hábito, su celda, y solo el sacerdote con quien se confesó, supo los estravios que espiaba por medio de la mas santa vida y el mas profundo arrepentimiento. »

Cuando oí contar por primera vez á mi prima esta leyenda, las circunstancias en que la contó fijaron profundamente el recuerdo en mi memoria; pero ahora me acuerdo mucho mas que antes todavía por el espectáculo que me ofrece desde hace ocho años la pobre Sara vuelta al seno de su familia, única que nose olvida de un pasado que ha cubierto con tanta abnegación y tantas virtudes. Mi prima va y viene sin cesar como antiguamente con sus negocios acostumbrados. Algunas veces suelo burlarme de ella, pero en el fondo venero mucho á esa caritativa y piadosa mujer que me ha hecho comprender lo que podían la contrición y la misericordia.

UNA ALDEA ALEMANA.

Existen en Alemania, y sobre todo en las orillas del Rhin, un cierto número de aldeas administradas de un modo patriarcal. La nacionalidad alemana tan arraigada en el corazón de sus habitantes se revela enteramente en ese género de administración.

Cada aldea forma un concejo (*Gemeinde*) y se halla, segun su importancia, bajo la inmediata dirección de uno ó de varios gefes elegidos entre los principales de aquel punto. Estos gefes se hallan encargados de representar el concejo, cerca de la autoridad superior y de proteger las propiedades contra toda agresión pública ó privada.

Todas las tardes se reúnen los habitantes durante una ó dos horas, en la taberna de la aldea, al reñidor de algunos jarros de cerveza, tratándose la reunion el pastor del concejo. La reunion tiene siempre por objeto algun asunto relativo á los intereses de la aldea, y la discusion abraza todas las fases de la cuestion con una rara sagacidad y una prudencia consumada. Toda la aldea tiene conocimiento de esas conversaciones, pudiendo tambien cualquiera tomar parte en ellas. Nadie distraza allí su pensamiento, y como todo el mundo se conoce, las relaciones tienen adquirido un carácter de familiaridad á cuyo beneficio están confundidos los pobres y los ricos.

Todo propietario hace sus comidas en compañía de sus criados: por eso un jóven hijo de una familia que tiene lo suficiente para vivir, no se avergüenza de entrar á servir en casa ajena en la misma aldea, porque está seguro de que su amo le tratará como á uno de los suyos.

El gefe del concejo es el que está encargado de la policía, recibiendo á la vez sus instrucciones de la autoridad del circulo. Este poder se ejerce sin oposicion, y el empadronamiento de las poblaciones, así como el recuento de animales y tierras cultivadas, se efectua sin la menor dificultad. Esta operacion que se verifica escrupulosamente, se vuelve una especie de crédito, y unida con el registro de las hipotecas, establece claramente y con pocos gastos, los titulos y valores de un dominio, titulos que bastan para las ventas sin mas formalidad ni requisito. Los registros se llevan con un cuidado tan minucioso, que tanto el gobierno como los particulares pueden hallar en ellos todas las noticias que necesitan.

El concejo posee bosques, prados, canales y edificios de utilidad pública, cuyas rentas se aplican al pago de las cargas del concejo, y al socorro de los indigentes. Estas rentas son tan crecidas en algunas aldeas, que cada habitante recibe un dividendo. El extranjero que desea fijar su resi-

dencia en una localidad con el título de miembro del concejo está obligado á pagar un derecho que varia segun el pais; en algunos sube hasta la suma de 3,400 fr.

Los empleados del concejo, tales como el guarda campestre, los pastores que guardan los rebaños, el maestro de escuela, y el gefe del concejo, tienen sueldos que se pagan de los fondos de propios.

El gobierno sostiene en cada aldea un médico que debe acudir gratuitamente á donde se le llame y un boticario suministra los medicamentos, de superior calidad, y á un precio moderado fijado por una tarifa.

El molino pertenece ordinariamente al concejo. Cada aldeano tiene la costumbre de moler su trigo, pagando unicamente al molinero los gastos que ocasiona por medio de una cantidad relativa de harina medida por una tabla graduada, que se halla en todos los molinos. El horno comunal se calienta sucesivamente por aquellos que le necesitan, con la leña que ellos mismos llevan. Como todas las casas de la aldea están muy cerca las unas de las otras, el horno se halla al alcance de todos los habitantes. Algunas idas y venidas de las mugeres, compensan bien luego la mas larga distancia, y las ventajas morales que resultan de esta comunidad, de esta fusión de intereses por el contacto continuo, compensan una economia de algunas horas, suponiendo una tahona, etc. Ademas esta economia no existiria en realidad, en el campo hay una multitud de instancias libres que se ocupan de este modo, y si el pan sale un poco mas caro, en cambio es de una calidad infinitamente superior.

GABRIEL METZU.

Nada puede dar una idea mejor de la Holanda que los cuadros del famoso pintor Gabriel Metzú. Las costumbres de ese pais asi como su fisonomía material en la vida civil, sus interiores, sus muebles, los adornos y el lujo de sus aposentos, todo eso se halla escrito en los cuadros de Metzú con una precision encantadora, y que gusta tanto mas cuanto que ese mérito parece involuntario en el pintor. Sus obras, al cabo de doscientos años pueden servir para formar enteramente un interior holandés tal como le componian en el siglo XVII, el clima del pais, el carácter de sus habitantes, y las circunstancias históricas en que vivian á la sazón los comerciantes holandeses dueños del comercio del mundo. No es en efecto muy precioso el poder entrar, á beneficio de un cuadro de Metzú, en el fondo de esos interiores en donde tan difícilmente penetran los extranjeros? Metzú nos permite la entrada en el gabinete de las mugeres á la moda, y hace que las sorprendamos ya vestidas de terciopelo escribiendo sus letras *inesperadas*.

Metzú tiene el talento de interesar, no á los ojos únicamente, sino á la inteligencia misma, presentándonos las acciones mas sencillas de la vida doméstica. El asunto del cuadro cuyo grabado acompaña á este artículo, no puede ser mas modesto, y sin embargo gracias á lo acabado de la obra, gracias á los cuidados atentos con que está pintada, esa escena de interior encanta é interesa.

En Gabriel Metzú la expresion es tan fina que apenas se distingue á la primera ojeada. Los rostros de sus holandeses, aun aquellos que parecen mas flemáticos, mirándolos de cerca, se descubre en ellos un cierto fuego. En la *Visita inesperada* esta expresion es mucho mas notable: el caba-

llero que saluda, la señora que se enjuga las manos, la criada que vierte el agua, y hasta el perrillo vuelto de cara al visitante, forman una composición cuyo conjunto se ar-

moniza bajo la transparencia de los toques mas francos y delicados. En cuanto a la biografía de Gabriel Metz, solo podemos



Metzu. — La visita inesperada.

decir que es bastante ignorada. Los libros de pintura no traen exacto mas que la fecha de su nacimiento en 1615; la de su muerte que se supone ocurrida en 1658 en Amsterdam, es evidentemente falsa, pues se ven muchos cuadros de Metz u posteriores a este año, y entre otros el famoso *Mercado*

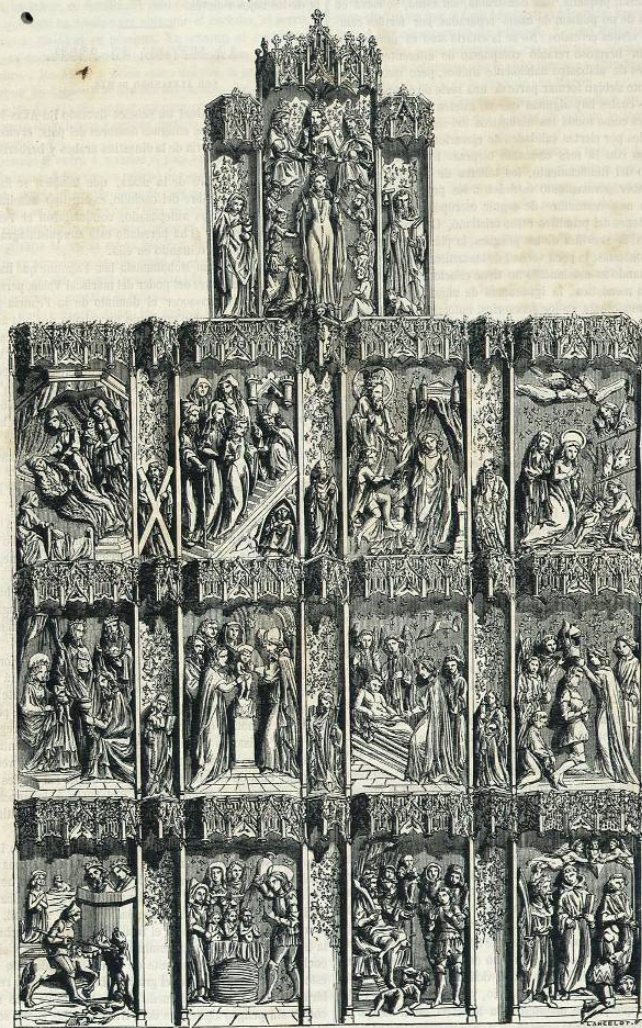
de Hortalizas de Amsterdam (1) que tiene escrita de su mano la fecha de 1664.

Lo mas probable es que murió en 1669, como se asegura en el *Manual* publicado por Alejandro en Bruselas en 1806.

1 Véase la pág. 1 del vol. de 1850.

EL RETABLO DE LA CELLE.

(DEPARTAMENTO DEL EURE.)



Bajos relieves en la iglesia de la Celle.